

Rainy Day Women

N

Si no fuera porque a veces camina a mi lado, yo diría que *N* tiene raíces. Nunca he visto una mujer más pegada a la tierra. Ni una tierra más pegada a una mujer. Son como dos auras confundidas.

Nada más que la primavera apunta, Steady saca unas cuantas mesas al jardín trasero. En una de estas mesas estoy ahora, comiendo con *N* y sintiendo esa comunión entre ella y el vegetal ambiente. Puedo notar cómo la transferencia de energía rebota en la mesa. Os puedo asegurar que cuando *N* camina entre ellos, los árboles la saludan; imperceptiblemente mueven sus ramas como saludando a un vencedor, conquistador o emisario que vuelve.

Conocí a *N* en una excursión por una pinada. Apareció de pronto, como si una conífera se hubiese puesto a andar de repente a mi lado. *N* nunca habla de ello, sin embargo, y curiosamente, tiene una dieta básicamente carnívora. No es consciente, o no aparenta serlo, de su comunión con la naturaleza. Lo notamos los demás. Y lo notamos hasta un punto tal que Steady muchas veces me dice que no sabe si saludar a *N* o podarla. De todas mis amigas es con la que mejor se entiende mi barman. Y no quiero ni pensar que ello se deba al hecho de que, tras tantas renunciadas y frustraciones, Steady se haya ido convirtiendo progresivamente en un vegetal, como las flores que *N* siempre lleva en el pelo. Ninguno podemos afirmar con certeza que no nazcan de él. Es increíble la luz que hay en los ojos de *N* cuando el verde la rodea; su aliento huele a oxígeno y su voz tiene como un apagado rumor a incansable clorofila. Ahora está tocando la hierba con su pie descalzo y no se sabe quién acaricia a quién. Pese a todo, nunca hablamos de ecología. Ni siquiera de política. En realidad, prácticamente ni hablamos. Comer con ella es un puro ejercicio contemplativo, de tan callada (no diría reflexiva) que *N* es. Un análisis superficial la mostraría como alguien muy ensimismado en sus pensamientos; pero yo sé que no es así. Lo que ocurre es que tiene media conciencia aquí y la otra media allá, en el lugar donde el ritmo implacable de la vida diseña las hojas y las flores. "Algunas mujeres hablan con las plantas," -dice Sartas- "la mía, directamente discute". Pero *N* calla. Y yo me siento cómodo junto a ella viendo cómo crece la armonía y se

apodera de aquel ámbito tras el cual los mudos insectos del silencio liban el nenúfar de sus ojos (¡!) Y lo que hay en ellos está tan lejos de la tristeza como de la alegría, y está tan presente como ausente a la vez. Tan ornamental y sin embargo tan vital que hace, por empatía, crecer dentro de mí algunas adormecidas semillas. La de la paz, la del relajamiento, la de la tranquilidad completa. La absoluta tranquilidad de saber que, por densa, brumosa, asfixiante y contaminada que esté tu atmósfera vital, por mucha y más porquería que arroje en tus pulmones la intoxicada ciudad, macho, siempre tendrás a *N* para llamarla y comer con ella. Y observar como, mientras devora el solomillo, su eficaz metabolismo o su infinita mirada, o tal vez las dos cosas, se encargan de eliminar sistemáticamente de tu piel , de tu alma y de tu cuerpo, cualquier traza de CO₂.

es.humanidades.literatura
6 abril 2004